

1 / ABUELAS DE PLAZA DE MAYO

por Marta Dillon

El relato sobre el trabajo y la búsqueda de las Abuelas

REUNIR LAS PIEZAS DE UNA HISTORIA ROTA

Es una historia con raíces en el dolor. La cronología de una búsqueda mas allá de los resultados concretos. Un camino que fue forjado por el aprendizaje de cada paso. Una lucha ineludible de un grupo de mujeres a las que reunió una misma y dramática circunstancia: la pérdida de sus hijos y el secuestro de sus nietos. Detener la mirada en la historia de las Abuelas de Plaza de Mayo es admirar la tenacidad con la que emprendieron una búsqueda sostenida fundamentalmente por el amor. Pero también por la necesidad de conocer la verdad y exigir justicia en un país en el que fue posible una cruenta dictadura.

Una empecinada acumulación de objetos en la sala. Un par de fotos de jóvenes que nunca envejecerán, quietos para siempre en esa pose que captó el papel. La infaltable mesa ratona frente al sillón, con sus adornos, sus cucharitas, sus ceniceros. Algo especialmente familiar se respira en las casas de diferentes Abuelas, así, con mayúsculas, porque ese vínculo privado es el que las ha hecho públicas. Tal vez sea la pertenencia a una generación lo que acerque la idea de que la casa de Alba Lanzilotto, de Nélida Navajas, de Estela Barnes de Carlotto, por ejemplo, son la misma. O tal vez porque esas salas congelaron su matriz casi al mismo tiempo: el tiempo en que los jóvenes de las fotos, sus hijos desaparecidos, dejaron de madurar. Ellas son Abuelas de Plaza de Mayo, como tantas otras, y cada insignificante elemento tiene, en sus casas, una historia que contar, una referencia familiar, el testimonio del tiempo que no se detiene. Por eso la mayoría no ha cambiado sus adornos, los ha sumado, acumulado, reordenado. Como esos ajueres de bebé que se tejieron hace más de veinte años para destinatarios que, en muchos casos, no los usaron. Ni siquiera los vieron. Batitas rosas, blancas, celestes, amarillas - como se tejía cuando no se sabía el sexo del hijo por venir hasta el momento del parto- que esperan en su encierro de naftalina que alguien, alguna vez, les sacuda los dobleces y entienda, perciba, ese deseo que construye un hijo, un nieto, aun antes de su nacimiento.

Así empieza esta historia, o alguna de ellas, hilos de una misma trama. Una mujer teje frente a la ventana de su casa, en una sala, con su sillón y su mesa ratona, un saco rosado para su nieta Clara Anahí. Es profesora de cerámica, salió de la escuela al mediodía y prepara el baño para esperar a la beba: esa tarde le toca cuidarla. Pero nadie llegará. La madre fue asesinada ese mismo día, la niña será cargada en un balde o una palangana, dejada como un bulto en el asiento de atrás de un Falcon. Los vecinos no verán demasiado, apenas

tendrán tiempo y coraje para espiar detrás de las ventanas lo que sucede en esa casa de La Plata que queda en llamas. Es el 24 de noviembre de 1976. Clara Anahí cumplió 25 años el 12 de agosto y su abuela, María Isabel Chorobik de Mariani, todavía la espera.

Otra mujer se planta frente a las puertas del Regimiento 7 de La Plata. Llegó hasta allí del mismo modo que a otros tantos lugares, guiada sólo por la necesidad de hacer algo, de no esperar sentada. La atiende un suboficial cualquiera, se fija en un libro cualquiera. Y dice no, no está aquí. Alicia Zubasnabar de la Cuadra busca a su hija Elena, que estaba embarazada de siete meses cuando la secuestraron. En un calabozo de la comisaría 5ta. de La Plata, en el piso. sin atención médica, tuvo una nena y la nombró: Ana. Pero de eso, Alicia, se enteró mucho más tarde. Alguien más recibe un llamado telefónico a la madrugada, en su departamento de Barrio Norte, el mismo en el que hoy sigue viviendo. Es julio de 1976, Nélide Gómez de Navajas tiene que ir a buscar a sus dos nietos y a un primo de ellos, tres varones de entre 9 meses y dos años. Su hija Cristina y la cuñada han sido secuestradas. Nélide sabe por una carta que Cristina escribía en capítulos para su marido, que la joven espera su tercer hijo. Se lo confirmaron años después, alguien que fue liberado del campo de concentración conocido como el Pozo de Bandfield. La vieron cuando estaba a punto de parir. Nélide, como las otras, sabía que su hija estaba en peligro. Hacía tiempo que para encontrarse con ella debían buscar lugares neutros, hablar como si fueran conocidas y no madre e hija. Nélide y las otras abuelas sabían, como todos, que cada día se asesinaba gente porque los cuerpos aparecían al costado de la ruta, en la costa del Río de la Plata, en la calle. Sabía de los secuestros, no de la cantidad de personas que a diario se secuestraban. Sabía, había escuchado, la palabra "desaparecido". Incluso se hablaba de cárceles clandestinas. No podía imaginar que serían 460 los campos de concentración y 30 mil los desaparecidos. Mucho menos que entre ellos se contarían también niños y recién nacidos en cautiverio.

A fines de 1977, catorce historias como éstas se habían reunido en una carpeta. En 1983, cuando llegaba la democracia, eran cerca de 190. En 1992, la carpeta registraba 217 casos de niños desaparecidos junto con sus padres o nacidos en cautiverio. Hoy, en el 2001, las denuncias suman 300. Pero el cálculo estimado de jóvenes con su identidad cambiada es de 500, porque muchas familias desconocían el embarazo de sus hijas y otras no tuvieron los recursos necesarios para sostener la denuncia.

Dos décadas pasaron hasta que se acumularon las evidencias necesarias para demostrar que la apropiación de niños durante la dictadura militar respondió a un plan sistemático. De eso se encargaron las Abuelas de Plaza de Mayo, las pruebas llegaron de la mano de los 72, primero niños, ahora jóvenes que han recuperado su identidad, su historia. Estas mujeres saben que el tiempo es una convención, que la búsqueda puede arrasar con las hojas del calendario, incluso con sus propias esperanzas de vida. Pero mientras sigan encontrando esos bebés que ahora son hombres y mujeres, siempre correrá a su favor. Aun cuando no estén ahí para verlo.

"El día que conocí a Alicia ella estaba con un salto de cama rosado y ordenaba su casa. Empezamos a charlar y perdimos la noción del tiempo. Ese día empecé a descubrir lo que realmente estaba pasando y a entender que la búsqueda debía hacerse de otra manera, que no había un solo niño

desaparecido sino por lo menos dos. Y si habían dos, ¡cuántos más podrían ser? Por primera vez tuve la horrorosa sensación de que no encontrábamos a los niños porque no nos los querían entregar". Chicha de Mariani y Alicia de la Cuadra tomaron conciencia de que su dolor corría por el mismo cauce. Las dos habían circulado como ciegas por los mismos pasillos de ministerios, regimientos, iglesias y salones obispaes. Creían que su caso era distinto del resto de las madres con las que se encontraban los jueves en la Plaza de Mayo, reconociéndose al principio por un clavo en la solapa, por un pañal en la cabeza después. Ellas buscaban niños, contra ellos no había cargos posibles, en algún lado tenían que estar. Pero después de ese primer encuentro empezaron a pensar en la posibilidad de buscar juntas, de fortalecer esa búsqueda dándola a conocer, era tan aberrante lo que sucedía que pensaban que nadie podía ser indiferente frente a la suerte de un niño que ellas imaginaban perdido en algún orfanato o casa cuna. Y buscaron un nombre acorde a la sensibilidad de esa sociedad de la que habían formado parte como madres de familia, profesionales, empleadas o amas de casa, parte, en su gran mayoría, de esa clase media que entonces parecía una marca registrada argentina. Se llamarían Abuelas Argentinas con nietitos desaparecidos. Eran doce: Chicha y Alicia, Beatriz Aicardi de Neuhaus, Eva Márquez de Castillo Barrios, Vilma Sesarego de Gutiérrez, Mirta Acuña de Baravalle, Haydée V. De Lemos, Leotina Puebla de Pérez, Celia Giovanola de Califano, Raquel Radio de Marizcurrena, Clara Jurado y María Eugenia Cassinelli de Garcí Irureta Goyena.

Algunas de ellas murieron sin conocer a sus nietos, otras los encontraron y siguen buscando a los que faltan. Muchas, todavía esperan.

El peligro era el aire que se respiraba durante la dictadura. De ir los jueves a la Plaza aprendieron que cuando tenían que correr algún riesgo - como dar vueltas alrededor de la pirámide- debían llevar en la cartera un documento y una bombacha. Fundamental si se pasaba la noche en una comisaría. Aprendieron también a hablar en código. Los "cacharritos" o "los cuadernos" eran los niños que buscaban. "Las flores" era en realidad Las Violetas, esa confitería tradicional en la que se juntaban para simular que festejaban cumpleaños mientras se dividían las tareas. Las "chicas" eran las Madres de Plaza de Mayo, las "viejas", como las siguen llamando sus nietos con los que ahora trabajan codo a codo, eran ellas mismas. El "señor blanco", el Papa.

Entre 1977 y 1978 el tiempo se contaba por segundos para las Abuelas. Tenían conciencia plena de la velocidad de los cambios en los primeros años de vida. Si el niño o niña que buscaban tenía dos meses al momento del secuestro ahora estaría empezando a decir sus primeras palabras. ¿Y los hijos? ¿Escucharían de los suyos las palabras mágicas, mamá, papá? "Nuestra incesante búsqueda de estos inocentes ya dura meses y hasta mas de un año. Hemos llamado a todas las puertas, pero no hemos tenido respuestas. Por eso nos permitimos rogar a Su Santidad para que interceda para poner fin a este calvario que estamos viviendo", le escribieron el señor blanco en 1978. Nunca tuvieron respuesta. Los meses, los años siguieron pasando. "No imaginábamos nada, en algún lugar tenían que estar y había que buscarlos. Por eso íbamos a Casa Cuna, a los juzgados de menores. Había jueces en La Plata o en otros lados de la provincia que nos decían: sí, hubo en un operativo chiquitos, pero los recuperaron los abuelos, o los tomó tal juez, o fueron a un orfanato. Hicimos un dossier con la mucha o poca información que teníamos: fotos, en

los casos que había, y relatos. También se hicieron gestiones individuales y grupales en organismos internacionales como Amnistía, Naciones Unidas, la OEA. Para mí era entrar en una tarea desconocida, no sabía que era Naciones Unidas ni como se podía llegar hasta ahí. Ya en el 80 sí, empecé a viajar y a saber y a encontrarme en esos ámbitos con delegados argentinos, todos milicos o fascistas. Fue un aprendizaje, fue salir a los golpes de una vida burguesa, tranquila y planificada, a un mundo desconocido en el que algunas buenas personas nos ayudaron". Estela Carlotto llegó a Abuelas cuando ya había un grupo integrado pero sin formalidades. La organización fue una exigencia del -"si queríamos entrevistarnos con funcionarios del extranjero había que exhibir un cargo", dice Carlotto que en el primer reparto se quedó con las relaciones públicas- y el nombre lo impuso el uso y la costumbre. ¿No van ustedes a la Plaza de Mayo? ¿No son las Abuelas de Plaza de Mayo? Eran las preguntas constantes a las que se rindieron. "Pasaban los años y nosotras seguíamos buscando, de la nada, preguntando en la zona del secuestro, a los vecinos, mirando en los jardines de infantes. En la dictadura hicimos las primeras solicitadas, le pedíamos a la gente que tenía a los niños que pensara en el bien de ellos, que les dijera la verdad. Y hubo llamados. Hicimos cinco restituciones durante la dictadura. No por la Justicia, porque la Justicia no existía: pero encontramos chicos que estaban con familias que los habían cuidado de buena fe. Es el caso de Eduardo Garbarino y Tamara Arze, por ejemplo". Chicha de Mariani se convirtió en presidenta de Abuelas y Estela en vicepresidenta. Juntas hicieron el primer viaje institucional. Se presentaron en una reunión de la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas reunida en Ginebra. Y desde allí visitaron once países europeos para presentar el caso argentino. "Usábamos los viajes personales para hacer gestiones, muchas teníamos otros hijos exiliados en Europa y cada vez buscábamos entrevistarnos con sobrevivientes de los campos de concentración. Ellos nos dieron datos valiosísimos".

Estela, ahora presidenta de la institución, recuerda perfectamente las estrategias elegidas para traer los testimonios escritos, para que otras Abuelas pudieran leerlos. Escribían en papel manteca y con ellos envolvían bombones. "Siempre mantuvimos nuestra imagen de señoras gordas, llegábamos cargadas de paquetes y paquetitos; hubiera sido agotador revisar todo". Los viajes serían una constante que todavía se sostiene. Muchas organizaciones extranjeras las apoyaron moral y económicamente y servían de escudo contra la amenaza constante de una dictadura todavía vigente.

Los datos, los testimonios, cada pista que llegaba a Abuelas, cada denuncia anónima que se recibía, sobre todo después de la publicación de solicitadas en los pocos diarios que entonces las aceptaban - La Prensa y el Buenos Aires Herald- era archivado en latas y enterrado en diversos jardines. Pero serían para que las Abuelas siguieran buscando. El tiempo no se detenía y ellas tampoco. "Pero nos dábamos cuenta de que necesitábamos alguna forma científica para poder demostrar que esos niños que a veces mirábamos de lejos ir y venir de una escuela eran los nuestros. Ya no valía hablar del parecido físico o de un lunar en algún lugar del cuerpo. Por eso en los viajes periódicos empezamos a insistir sobre la posibilidad de encontrar la verdad en la sangre. Sabíamos que existían análisis para demostrar la filiación en juicios sobre paternidad ¿sería posible demostrarla con la única presencia de las y los abuelos?". Nérida Navaja puede relatar de memoria y sin temor a equivocarse

cuales fueron los análisis que se fueron perfeccionando. En principio analizando los antígenos de histocompatibilidad, más tarde el polimorfismo del ADN nuclear y luego el ADN mitocondrial que sólo se hereda de la madre, pero simplifica los anteriores porque se puede demostrar la filiación con un solo miembro de la rama materna. El resto requiere reconstruir el parentesco con los análisis de al menos dos miembros de cada rama. A esto se le llamó índice de abuelidad y los primeros en realizarlo fueron los integrantes del Blood Center de Estados Unidos, que desde 1982 colaboran con las Abuelas de Plaza de Mayo. Con esa herramienta en la mano se prepararon para recibir la democracia. Al segundo día de mandato del primer presidente constitucional en ocho años se presentó el primer caso en el que la Justicia argentina ordenaría la restitución de una niña a su familia legítima. Fue el caso de Paula Logares, secuestrada con sus padres cuando tenía un año. En cuanto llegó a la casa de la abuela, Paula, reconoció la ventana en la que solía sentarse para esperar a su mamá. "Con la democracia no cambió todo como esperábamos. Tuvimos grandes esperanzas, pero también grandes decepciones. Entendimos que el Estado no se haría cargo de la búsqueda de los chicos. Ese seguiría siendo nuestro trabajo. Pero además, después del Juicio a las Juntas, en el que la apropiación de menores no fue tomada en cuenta como el plan sistemático que fue, llegaron las leyes de Obediencia Debida y Punto Final. Y la complacencia de algunos jueces para con los apropiadores que los dejaron huir con nuestros chicos". Las Abuelas no reclamaban descanso, reclamaban por sus hijos y nietos. Querían, como ahora, verdad y Justicia; castigo a los culpables y restitución de los menores apropiados. Dos años tardó Raúl Alfonsín en recibirlas. Dos años en el que se sucedieron los encuentros. y en muchos casos las restituciones. En Abuelas cada nieto recuperado era una fiesta. Los chicos. Paula Logares, María Eugenia Gatica, Laura Scaccheri, María José Lavalle Lemos y otros que prefirieron resguardar su identidad por no ser casos judiciales, se encontraban con sus familias y se integraban rápidamente. La verdad era un alivio, era la posibilidad de crecer. Algunos chicos, incluso, pegaron el famoso estirón cuando recuperaron su historia. El juez Juan María Ramos Padilla, responsable de la restitución de María José Lavalle Lemos, sintetizó el por qué de su decisión: "Traté de hablar con psicólogos, psiquiatras, inclusive miembros del equipo de Abuelas de Plaza de Mayo. Ninguno de ellos me convencía. Decidí entonces preguntarle a mi hijo de doce años. Él me dijo algo que en su momento no fue tan valorado por mí como lo sería pocos meses después. Respondió: 'Mirá papá, la verdad es la verdad'". Algo similar responderían los chicos restituidos cuando enfrentaban las cámaras, sobre todo de medios extranjeros como modo de preservarse, sabiendo que sus palabras podrían alentar a seguir encontrando a quienes todavía vivían en las sombras.

Durante el gobierno de Alfonsín, las Abuelas consiguieron dos cosas fundamentales: que se designara a dos fiscales para que se abocaran a la búsqueda de los menores desaparecidos - Mariano Ciafardini y Aníbal Ibarra- y la creación del Banco Nacional de Datos Genéticos en el que se guardarían muestras de sangre de todas las familias denunciadas hasta el 2050 para poder cruzarlas con quienes se supone que podría haber lazos de filiación. El BNDG estará abierto por un lapso acorde con la esperanza de vida en Argentina. Sin embargo, se necesitaba el presupuesto y una fuerte voluntad política para que estas herramientas funcionaran. Dos cosas que estuvieron

ausentes durante todo el período democrático hasta hoy. "Nosotras nos entrevistamos con Alfonsín, con (Carlos) Menem y ahora con Fernando De la Rúa. Pero sabemos que son los responsables de la impunidad, sea a través de las leyes Obediencia Debida, el Punto Final o los decretos de indultos. Sin embargo, desde el Estado es necesario seguir trabajando, necesitamos contar con eso porque los elementos están de su lado, desde el presupuesto para BNDG hasta las partidas de nacimiento y la información archivada por la dictadura que sabemos que en algún lado debe estar", argumenta Carlotto.

Durante el gobierno de Carlos Menem, las Abuelas de Plaza de Mayo consiguieron la creación de la Comisión Nacional de Derecho a la Identidad dependiente de la Subsecretaría de Derechos Humanos. Allí los jóvenes con dudas sobre su identidad podrían acudir evitando la intervención de la Justicia. Hasta ese momento, 1993, la única manera en que alguien podía cruzar sus datos genéticos con las familias denunciantes era a través de una causa judicial. La Conadi no sólo trabaja sobre casos que podrían estar relacionados con el Terrorismo de estado, también en casos de adopción o tráfico de menores.

En 1995, las Abuelas de Plaza de Mayo habían recuperado 57 niños desaparecidos. en ese momento adolescentes. En 1997 sumaron dos casos más. En el 2000 los ahora jóvenes localizados eran 69. Este año, por primera vez se escuchó la voz de una mujer de algo más de 20 años, apropiada durante la mayor parte de su vida, en un tribunal oral. Se juzgaba al matrimonio del teniente coronel Ceferino Landa y Mercedes Beatriz Moreira. Cuando le preguntaron a la joven su nombre ella respondió: "Soy Claudia Victoria Poblete Hlaczik. Nací el 25 de marzo de 1978. El nombre de mi papá es José Liborio Poblete Roa y el de mi mamá Gertrudis Marta Hlaczik". Los apropiadores fueron condenados. Ceferino Landa a más de nueve años de prisión. Beatriz Moreira, a más de cinco. Este año las Abuelas cuentan 72 nietos localizados.

Como institución, Abuelas nunca desechó ninguno de los caminos posibles para encontrar a sus nietos y castigar a los culpables. Entre esos el de la Justicia, aun cuando tuvieran que atravesar obstáculos, aun cuando por momentos se volviera espeso y cerrado como un sendero del Impenetrable. Pero la constancia les ha servido para desgarrar el negro telón de la impunidad.

En 1997 presentaron una causa en la que exponían la existencia de un plan sistemático de apropiación de menores, basándose en la similitud de los casos esclarecidos y en la existencia de documentos que, aun cuando se suponen destruidos, estaban inventariados. Uno de ellos hablaba específicamente de las instrucciones a seguir para con los hijos de los detenidos desaparecidos. El robo de bebés es un delito de acción continua por el que fueron encarceladas hasta ahora veinte personas, entre ellos el dictador Jorge Rafael Videla y Emilio Eduardo Massera, dos de los beneficiados por los indultos firmados por Carlos Menem. Esta amenaza para todos los represores se hizo tangible cuando este año (2001) el juez Ricardo Cavallo sentenció la nulidad de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final. Si la Corte Suprema de Justicia decidiera de verdad hacer Justicia y confirmara esta sentencia, cientos de represores podrían ser juzgados no sólo por la apropiación de los menores desaparecidos - hoy adultos— sino también por el delito de desaparición forzada de sus padres.

Las Abuelas, en tanto, siguen trabajando. Siguen buscando. Y siguen encontrando esas piezas que faltan y que tienen un encastre perfecto en el entramado de la historia. La historia de todos. La nuestra.

La historia de Rosa Roisinblit, vicepresidenta de Abuelas

“Entre todos ellos, encontramos al mío”

Rosa Tarlovsky de Roisinblit es vicepresidenta de Abuelas de Plaza de Mayo desde que la institución se organizó como asociación civil, en 1983. Patricia fue su única hija. Su caso, junto con el de otras ocho Abuelas, se presentó a la Justicia en la causa que volvió a encarcelar a los responsables máximos del plan sistemático de apropiación de niños durante la dictadura. Actualmente, espera el juicio oral en el que serán juzgados los apropiadores de su nieto. Esta es su historia.

Una mujer madura hunde sus discretos tacones en el barro. No hay otra forma de llegar al viejo penal de Ezeiza. Largas cuadras de descampado separan los portones de la última parada de colectivo. Después habrá que recorrer un kilómetro más antes de internarse en el laberinto de rejas y guardias, acarreando esas inmensas bolsas de mercado que arman los familiares, vitales para los presos. La mujer no va cargada, está bien vestida, lleva sus anteojos puestos y una determinación que debe ser expresada paso a paso para confirmarse. "Quiero saber si aquí está detenida mi hija, Patricia Julia Roisinblit". Una voz desde lo alto le corta el paso antes de cruzar el portón y ella eleva la suya para que se escuche lo que venía repitiendo. "Ésta es una cárcel abierta, señora, acá no hay personas perdidas, los familiares saben a quienes vienen a ver", dice el soldado desde la garita y Rosa Tarlovsky de Roisinblit se siente encerrada a cielo abierto.

Es octubre de 1978 y la mujer no quiere entender lo que es evidente: ¿Entonces hay también cárceles cerradas, cárceles que nadie puede ver? ¿Cómo va a encontrar a su hija? Ya pidió el paradero en el Ministerio de Interior, ya fue al Departamento Central de la Policía Federal, le mostraron el prontuario de Patricia, estaba limpio aunque le dijeron que no todos los casos pasaban por la Policía. ¿Entonces? Falta menos de un mes para que Patricia entre en fecha de parto. "Ésa era mi gran desesperación que la dejaran salir para que tuviera a su bebé en casa, o en la clínica donde se atendía. Que paradójica, yo que como obstetra traje tantas vidas al mundo no pude conservar la de mi hija".

Rosa lo dice ahora, veintidós años después, en aquel momento no sabía cuál sería el destino de Patricia. "Estaba sola en el mundo. Yo sabía lo que pasaba, sabía que se los llevaban, que faltaban niños también, pero no me había preparado. Yo le había ofrecido a mi hija que vendiéramos este departamento, por ejemplo, para irnos al exterior. Yo me podía hacer cargo de cuidarle a la nena y el bebé que iba a nacer, hasta que ella se recibiera. Porque era una estudiante avanzada de Medicina. Ella no quería irse, le parecía que era de cobardes. A los diez días del secuestro de mi hija. me

llama ella y me dice que la trataban muy bien y que se había dado cuenta de que estaba equivocada. Pasado el tiempo entendí que a lo mejor la estaban apuntando con un revólver en la nuca. Yo pienso que todavía estaba en alguna comisaría, porque tomó el teléfono una voz masculina que me dijo que los cargos contra ella no eran muy graves, que iba a salir pronto, que preparara la ropita del bebé porque cuando naciera me lo iban a entregar. ¿Y cuánto es pronto?, le pregunté... Seis meses, un año, dijo, pero prepare la ropita del bebé. La tortura psicológica que fue para mí, estar día y noche al lado del teléfono, alerta a que me dejaran el bebe en la puerta... Pasó la fecha de parto y no trajeron al bebé, pasaron seis meses y perdí las esperanzas. Pero seguí luchando y volví a ir a cuanto lugar me dijeron que podía ser. Vi a un grupo de rabinos - porque yo soy judía- que visitaban cárceles. Vi a Marshal Meyer, otro rabino, muy bueno, que no te voy a decir que salió corriendo a buscar a mi hija, pero me dio recomendaciones. Y bueno, fui a la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos. ¡Había tanta gente! Ahí me dijeron que había un grupo de abuelas, cuatro o cinco, que estaban preparando una presentación en la OEA. ¿Qué era eso? Yo ni sabía de los organismos internacionales pero ya me quedé con las otras abuelas, fui aprendiendo, en el camino, ahora creo que no queda país de América o de Europa que no conozca, al que no haya ido para presentar el caso de los nietos, los desaparecidos vivos. Porque son desaparecidos vivos. Aunque eso también lo fuimos aprendiendo. En el 81, dos abuelas que llegaron de Ginebra - de presentar nuestro caso en la ONU— me trajeron la noticia: había personas liberadas de la ESMA que tenían algo para decirme de mi hija. Viajé de inmediato, me dijeron que mi hija había sido llevada a la ESMA desde otro campo para que tuviera a su bebé. No sabía de donde venía, siempre tuvo los ojos vendados y no escuchaba nada. Y que el día 15 de noviembre de 1978 tuvo su parto con un médico de apellido Magnacco -con el que después me he careado más de una vez- en una salita de la ESMA que llamaban "la pequeña Sardá". Tuvo un varón y lo llamó Rodolfo. Seis días después, la vieron salir con su hijo en brazos. Y otra vez se cortaba la pista. Ahora sabía que mi nieto estaba vivo. ¿Y? ¿Qué hacía con eso si no tenía nada mas? Seguir trabajando. Paciencia tenemos todas las Abuelas y algunas no tienen nada, ni el sexo, ni la fecha, nada, nada y sin embargo están trabajando con la misma ilusión de encontrar, no ya a los hijos, pero sí a todos los nietos. Y bueno, dentro de la institución me reconocieron ciertas cualidades y empecé a viajar mucho por el exterior para presentar nuestro caso al mundo, para reclamar por los 30 mil y específicamente por nuestros nietos; ya hay 72 nietos localizados, porque ya no podemos hablar de niños. Encontramos chicos de 8 años, de 9, adolescentes y ahora hombres y mujeres de más de 22 que ya eligen su camino. Y entre todos ellos, encontramos al mío".

Fue Mariana Pérez, la otra nieta de Rosa, la hija de Patricia y de José Manuel Pérez, la primera en tomar contacto con el hermano que espera desde que tiene conciencia. Cuando secuestraron a sus padres tenía quince meses, sabía decir papá y mamá, dos palabras inútiles desde que un grupo de tareas la dejó en casa de sus abuelos paternos. Mariana participa del equipo de investigación de Abuelas y contradiciendo todo aquello que ella misma recomienda, le acercó una carta a ese joven que atendía un puesto de panchos y que podría ser su hermano. Esa misma tarde se recibió un llamado en la sede de Abuelas. "Soy el hermano de Mariana Pérez", dijo una voz masculina, "quiero sacarme

sangre". Algunas abuelas trataron de contener la ansiedad frente a ese joven que no quiso esperar para saber quién era. "Yo estaba en Massachusetts, nos habían nombrado doctoras honoris causa en la Universidad de ese lugar. Sabía que había alguna posibilidad, pero no quería hacerme ilusiones. La sangre del chico se mandó a nuestro banco de datos en EEUU y fue la genetista a cargo, Marie Claire King, la que me llamó a Boston para decirme: 'Rosa, es tu nieto'. Para qué te voy a contar lo que fue eso, ¡extraordinario! Ya no podía seguir a Washington, donde nos esperaban." A los dos días Rosa llegó al estudio de su abogada con una bolsita en la mano, llevaba el buzo que había comprado, a ojo, para un joven de 22. "Durante tantos años me imaginé cómo sería el encuentro, pero ahora me sentía como apichonada en ese sillón. Estaba muda. Pero él entró, vino a saludarme, me abrazó, me besó y yo le dije 'soy tu otra abuela'. Y él me contestó con un gesto displicente: 'ya lo sé, baba', porque Mariana ya le había dicho que ella me llamaba así."

Rodolfo Pérez Roisinblit, anotado como Francisco Gómez por sus apropiadores - un ex agente de inteligencia de la Aeronáutica, que revistaba además como personal civil de la misma fuerza, y su esposa- festejó por primera vez en el 2000, su cumpleaños en la fecha exacta de su nacimiento. "Todo estuvo bien hasta que llegó el momento en que la Justicia detuvo a los apropiadores y el chico reaccionó en forma distinta. Y yo lo entiendo porque es una víctima, él creyó que ese matrimonio eran sus padres y resulta que eran unos delincuentes que lo robaron. Le va a llevar mucho tiempo asumir una situación que es muy traumática. Él me echa la culpa a mí, que yo hice la denuncia, y es verdad, es una denuncia que vengo haciendo desde antes de que él naciera. Me dice, 'si ya me encontraste ¿qué hacés en Abuelas? Andate de ahí'. Y yo le digo que mi misión, a la que dediqué mi vida, es encontrarlos a todos. Pienso que con Mariana se van a pelear y amigar veinte veces, como todos los hermanos. Y es muy importante, porque yo mucho tiempo no voy a vivir, ya tengo 82. Pero que ellos no se queden solos, porque Mariana no tiene ni primos. ni tíos y las dos abuelas ya estamos en tiempo de descuento. Entonces que no se queden solos, ahora se tienen como hermanos y después se casarán y llegarán los sobrinos, y habrá de nuevo una familia. Estoy dispuesta a esperarlo. Si ya esperé 22 años voy a seguir hasta que él pueda asumir su dolor, que es tanto".

El trabajo de los nietos recuperados

“Somos el presente de esta causa”

Se plantearon tomar la posta de la búsqueda incansable de sus mayores aportando una mirada diferente sobre lo sucedido. Con su participación activa y de cara al futuro, el grupo de nietos recuperados que trabaja en Abuelas de Plaza de Mayo propone cambios en la agrupación.

"Nosotros somos parte viviente de la historia que relatan las Abuelas. Algunos buscamos a nuestros hermanos. Otros nos perdimos en manos extrañas. Algunos recuperamos nuestra identidad y estamos aquí por los que todavía necesitan reencontrarse con su historia y con ellos mismos. Más allá de la importancia que han tenido las Abuelas en nuestra historia personal, nos han enseñado algo que nos acompañará siempre: es el compromiso con la vida, la lucha incesante por la verdad y la justicia. (...) Queridas Abuelas. Hoy les decimos que no somos sólo el futuro de esta causa: somos también el presente."

El texto no lleva firma, los nietos de esas abuelas, las que los buscaron y los llevaron de la mano mientras reclamaban por sus hermanos, prefirieron dejarlo así, para incluir también a otros jóvenes que, sin lazos familiares con las víctimas de la represión, podían compartir la admiración por la lucha de las Abuelas con mayúsculas.

En 1996, veinte años después del golpe militar de la última dictadura argentina, ellos querían aportar activamente a la búsqueda de los chicos que faltan, a la reconstrucción de la verdad. De alguna manera, estos chicos que empezaban a descontar su tercera década de vida, también abandonaban el lugar del mero testificante, el que acompaña. del que da pruebas. Como generación activa, empezaban a tener los recursos necesarios para procesar su historia personal y transformarla en historia colectiva. Eran chicos y chicas - ahora son sólo mujeres las que siguen participando activamente en la institución que los reencontró con su identidad— que desde los ocho, diez o doce años, habían aprendido a testimoniar con la inconsciente certeza de que "servía" para los cientos que todavía vivían en la oscuridad y que ahora reclamaban un rol activo. Justo en el mismo momento en que otros empezaban a enunciar las preguntas selladas desde hacía dos décadas.

El tiempo, como una marea, fue acercando a estos jóvenes a aquellos que por su propia voluntad buscaban aclarar dudas sobre su identidad. La sociedad entera asistía a un nuevo movimiento que empezaba a rescatar la memoria como viejas esquirolas alojadas en su cuerpo colectivo. "Los primeros llegaron a fines de 1995, pero la gran oleada de chicos que tenían dudas sobre su identidad se produjo entre el 97 y el 98. Ahí nos dimos cuenta de que lo que decían las Abuelas era verdad, que iba a llegar el momento en que los nietos las buscarían a ellas. Y lo que era una premisa se transformó en una estrategia", explica María Lavalle Lemos. Ella conoció a su hermana menor, María José, cuando ambas tenían once y diez años. Fue el cuarto caso de restitución por vía judicial en democracia. Las dos trabajan en los equipos de

Abuelas, la primera en investigaciones, la segunda en el de genética. Son parte de ese grupo de nietas que en 1996 iniciaron juntas distintas actividades para ayudar a las Abuelas. Aunque tuvieron que pasar dos años más para que la institución las incorporara en el trabajo diario y concreto.

"Es que hay que entender que son nuestras propias abuelas, las que nos criaron, y no es fácil. Pocos años atrás, desde su perspectiva, era un peligro para ellas que tocáramos la fotocopiadora. Les costó entender que habíamos crecido", explica Mariana Pérez y quiere ser cuidadosa para no ofender a "las viejas". Entiende, y fue tenaz hasta que la entendieron también a ella y a sus compañeras. "Necesitaba estar ahí para participar directamente de la búsqueda de mi hermano y del resto de los chicos. Y pude hacerlo cuando se tomó conciencia de la necesidad de un cambio en la metodología de trabajo a partir de que se empezaron a acercar chicos con dudas sobre su identidad".

"Desde que me encontraron, en el 80, siempre estuve en contacto con la institución -comenta Tatiana Sfigloy -. Pero recién cuando quedé embarazada decidí comprometerme más directamente. Tal vez porque mi maternidad actualizó mi historia y la de mi madre. Pero no me imaginaba que éste iba a ser mi trabajo de todos los días". Sin embargo, ahora, no se imagina en otro lugar. A punto de terminar su carrera de psicología es quien recibe a quienes llegan con dudas sobre su identidad y los orienta o derive la consulta. Sabe que, en muchos casos, escuchar la historia alivia a quienes se enfrentan a la búsqueda de la verdad. Y ese relato que organizó cuando era una niña se completa ahora frente a quienes podrían estar en una situación similar a la suya.

Son los más jóvenes los que aportan el dinamismo al trabajo de Abuelas, aunque las decisiones las sigue tomando la Comisión Directiva, ese grupo de entre doce y trece Abuelas que algunas semanas llegan a veinte, que se reúnen cada martes para definir los pasos a seguir, para señalar las urgencias y para aportar la paciencia forjada en 23 años de lucha ineludible.

"Entre nosotros tenemos una relación de amigos muy cercana, no nos sentimos como hermanos porque ese es un vínculo muy particular. Tenemos clarísimo de qué se tratan los vínculos porque todos trabajamos sobre la identidad. Y con las Abuelas tenemos una relación distinta, tal vez, a la de cualquier nieto. Porque en la institución convivimos y trabajamos codo a codo en el mismo espacio físico tres generaciones, la de las Abuelas, la de los tíos o tías o quienes tienen más de cuarenta -éste el caso de Abel Madariaga que trabaja desde siempre y es padre de un chico apropiado- y la nuestra, que todavía está en la veintena", cuenta María Lavalle. Ella es quien, por afinidad generacional y porque reivindica su identidad como hija de padres desaparecidos, participa también en la agrupación H.I.J.O.S. - hijos por la identidad y la justicia contra el olvido y el silencio- y dentro de ella, de la comisión Hermanos, también abocada a la búsqueda y restitución de la identidad de los jóvenes apropiados. "A muchos chicos les resulta más fácil hablar con gente de su generación y por eso prefieren acercarse a H.I.J.O.S. cuando tienen dudas, pero trabajamos en conjunto y es fundamental contar la experiencia acumulada en Abuelas", concluye.

Como verdaderos puentes, los nietos recuperados y quienes todavía buscan a sus hermanos, esos niños que fueron la prueba de lo que las Abuelas denunciaban en el mundo, que asumieron el compromiso de testimoniar y ahora de trabajar activamente pudieron ponerle el cuerpo a aquella consigna

que declamaban en 1996: no ser sólo el futuro, sino el presente concreto de la causa que empezaron las Abuelas cuando ellos recién estaban naciendo.

Documento: Texto de la Ley Nacional N° 25.457

El derecho a la identidad

El Congreso de la Nación sancionó en agosto pasado una ley que jerarquiza y reafirma la labor de la Comisión Nacional por el Derecho a la Identidad (CONADI), cuyo objetivo es la búsqueda y localización de los niños desaparecidos durante la última dictadura. Reproducimos el texto de la misma.

Artículo 1ero.

La Comisión Nacional por el Derecho a la Identidad (CONADI) que funciona en el ámbito del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos tendrá por objeto:

- a) Coadyuvar en el cumplimiento del compromiso asumido por el Estado nacional al ratificar la Convención sobre los Derechos del Niño -ley 23.849-con rango constitucional desde 1994, en lo atinente al derecho a la identidad;
- b) Impulsar la búsqueda de hijos e hijas de desaparecidos y de personas nacidas durante el cautiverio de sus madres, en procura de determinar su paradero e identidad;
- c) Intervenir en toda situación en que se vea lesionado el derecho a la identidad de un menor.

Artículo 2do.

La Comisión estará conformada de la siguiente manera:

- a) Dos (2) representantes del Ministerio Público, uno (1) por la Procuración General de la Nación y uno (1) por la Defensoría General de la Nación;
- b) Dos (2) representantes de la Asociación Abuelas de Plaza de Mayo.
- c) Dos (2) representantes del Poder Ejecutivo Nacional, a propuesta de la Subsecretaría de Derechos Humanos del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos.

La labor de todos sus miembros tendrá carácter ad honorem.

Artículo 3ro.

La Comisión estará presidida por el titular de la Subsecretaría de Derechos Humanos del Ministerio de Justicia y Derechos Humanos, quedando exclusivamente a su cargo la representación legal de la misma.

Artículo 4to.

La Comisión tendrá las siguientes facultades específicas:

- a) Requerir asistencia, asesoramiento y colaboración del Banco Nacional de Datos Genéticos;
- b) Ordenar la realización de pericias genéticas al Banco Nacional de Datos Genéticos;
- c) Requerir al Banco Nacional de Datos Genéticos informes periódicos sobre sus archivos.

Artículo 5to.

La Comisión tendrá las siguientes obligaciones:

- a) Mantener reserva de la identidad de quien así lo solicite, siempre que no exista impedimento legal;
- b) Informar al solicitante en forma fehaciente de cada trámite realizado y su resultado.
- c) Organizar un archivo de legajos de personas que buscan su identidad, el que se conservará de modo inviolable e inalterable.

Artículo 6to.

Comuníquese al Poder Ejecutivo.

Presentación en el Congreso

Según el texto que fundamentó el ingreso del proyecto al Congreso, la Comisión Nacional por el Derecho a la Identidad "tiende a dotar a la citada Comisión de los medios necesarios para cumplir sus metas a nivel nacional y cooperar de un modo eficaz en pos del compromiso asumido por el Estado Nacional al ratificar la Convención sobre los Derechos del Niño y demás instrumentos internacionales que hacen de la identidad y la verdad derechos inalienables de las personas". En esta misma presentación, el Poder Ejecutivo señala que el "secuestro y desaparición de los niños, junto con las detenciones de sus padres y la apropiación de niños nacidos durante el cautiverio ilegal de sus madres, constituye un crimen de lesa humanidad, dolorosamente instaurado por la dictadura militar. Este plan sistemático violatorio de los más fundamentales derechos dio lugar a la triste figure de 'niño desaparecido o apropiado' con adulteración de uno o mas datos de su identidad o filiación.

Es deber del Estado Nacional y del área específica de gestión a nivel nacional en materia de derechos humanos, multiplicar esfuerzos con el objeto de agotar las instancias oficiales en la búsqueda de la verdad e identificación de niños y adultos desaparecidos. El Ministerio de Justicia y Derechos Humanos cuenta con autoridad y jerarquía suficientes como para hacerlo con aprovechamiento operacional de los recursos estatales y con pleno alcance a todos los puntos del país."

La CONADI recibe tanto requerimientos y denuncias de Abuelas de Plaza de Mayo, así como casos que se presentan directamente. Concurren jóvenes espontáneamente, solicitando nuestra intervención al sospechar ser hijos de desaparecidos. Atiende también los nuevos casos de "Desaparecidas embarazadas".

conadi@derhuman.jus.gov.ar.

Proyectos de Abuelas que ya están en marcha

Los desafíos

La convocatoria para un nuevo ciclo de Teatro por la Identidad a la que se sumará Música por la Identidad, seguirá disparando las preguntas como dardos. Pero además, previendo que la Ley de Creación del Banco Genético se extenderá hasta el año 2050, en Abuelas ya se busca una alternativa a la conservación de los relatos. Por ese motivo, se realizó un convenio con la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA por el que se crea un archivo para conservar la historia de las familias que todavía esperan a un integrante.

"Hasta que el último de los chicos apropiados recupere su identidad, la identidad de todos está cuestionada". Esta semilla de duda es la que plantaron las Abuelas de Plaza de Mayo en el corazón de una nación en constante búsqueda y a la que todavía le cuesta ponerse de acuerdo sobre su fecha fundacional. Y de hecho, si a partir de la conmemoración de los 20 años desde el inicio de la dictadura, la necesidad de reconstruir la memoria volvió a imprimirse en la agenda colectiva, el cuestionamiento de las Abuelas fue uno de sus primeros ecos. No sólo porque los juicios por ellas impulsados, en los que se demuestra la existencia de un plan sistemático de apropiación de menores, fueron los que devolvieron al encierro a los represores liberados por las leyes de impunidad. También porque aportaron los medios técnicos y científicos para determinar la paternidad y la maternidad ampliada -conocida en el mundo como "índice de abuelidad", en su honor- y llenaron de sentido el valor de la identidad como derecho humano e inalienable, incluido gracias a sus esfuerzos dentro de la Convención Internacional de los derechos del niño y la niña.

Lo cierto es que, aun cuando el año pasado la semilla de la duda había echado raíces tan hondas como para que algunos historiadores cuestionaran la filiación de José de San Martín y de Juan Domingo Perón -con exigencias de análisis de ADN mediante -, el desafío para las Abuelas sigue siendo sostener las puertas abiertas - y el interés y la presencia social- para que cada vez sean más quienes se acerquen por sus propios medios buscando saber quiénes son realmente o quiénes fueron sus padres. Ese es el primer desafío. Contra la flecha inexorable del tiempo, teniendo a favor la certeza de que, quien tiene dudas, tarde o temprano intentará resolverlas.

Los emprendimientos Teatro por la Identidad y ahora Música por la Identidad - que comenzará en noviembre-, lanzaron como dardos esa pregunta repetida: "Y vos ¿sabés quien sos?" Siempre frente a auditores colmados, durante el año pasado, de gente joven. Y que planean repetirse. Después del primer ciclo, el cúmulo de denuncias creció y ya son casi trescientos los casos de chicos desaparecidos entre 1976 y 1983, entre los registrados en Abuelas de Plaza de Mayo y en la Comisión Nacional de Identidad (CONADI).

Enquistada la pregunta en el cuerpo social, fueron muchos los que se acercaron con dudas sabiendo que la respuesta no estaba en esas familias que

destruyó el plan de la dictadura. La edad o los retazos de historia no coinciden. La duda es la misma. "Es una constante - dice Estela Carlotto - puede ser gente de cuarenta o cincuenta años que de pronto se da cuenta de que es adoptada y siente el impulso de saber de quién es hijo. Nos convertimos en referente del recupero de la identidad, no hay otro lugar al que recurrir".

Dar respuesta a esta demanda es otro de los desafíos que asumió la institución a instancias de las integrantes más jóvenes, las nietas. Tatiana Sfigloy y María Lavalle son quienes impulsan un centro de salud mental, abierto a la comunidad para dar contención a quienes llegan con esta problemática, ampliándolo a todo tipo de cuestionamientos relacionados con la identidad. Los primeros pasos están dados, sólo falta un lugar físico para que este centro de salud coordinado por el equipo psicológico de Abuelas, en conjunto con la Facultad de psicología de la UBA, pueda funcionar.

Seguras en su paciencia, esas mujeres que siguen buscando a sus nietos saben que tal vez muchas de ellas no estén ahí cuando la verdad se revele. Saben que probablemente sean también hombres y mujeres que recién en la madurez puedan afrontar su verdadera historia. Es por eso que el Banco Nacional de Datos Genéticos funcionará hasta el 2050, un tiempo que se calculó según la esperanza de vida en nuestro país. Pero entonces habrán perdido los relatos familiares, las voces que les cuenten el por qué de sus vocaciones, del color de sus ojos o la particularidad de sus rasgos. Esas personas necesitarán, además de la pertenencia que da el vínculo de sangre, el complejo entramado de la historia familiar, esa que se construye con los pequeños actos cotidianos. Es por eso que se inició en 1998 un convenio entre Abuelas de Plaza de Mayo y la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires para la creación de un archivo que conserve los relatos de esas familias que todavía esperan a un integrante, ese niño o niña desaparecido durante la última dictadura militar. "Se trata, justamente, de completar el Banco de Datos Genéticos con todo lo que hace a la identidad y no es genético", cuenta Mónica Muñoz, codirectora de este proyecto enmarcado en el programa UBACyT y, como tal, sin presupuesto propio. Este archivo en formación -actualmente está en la etapa de recolección de datos, dando prioridad excluyente a las abuelas y abuelos- contendrá la historia de vida de los padres desaparecidos, reconstruida a partir de la multiplicidad de voces que se escuchan en una familia. "Por ahora no estamos editando el material -agrega Muñoz-, pero la idea no es armar una biografía sino que estén disponibles los distintos testimonios con sus voces digitalizadas, igual que las imágenes, porque de esa manera no sólo hay datos sobre el desaparecido sino también sobre quién habla y cuál es su representación simbólica".

Lorena Battistiol tiene 25 años, una hermana mayor de 27 y uno o una menor que todavía busca. Ella se incorporó al trabajo en el archivo después de que el equipo -integrado por profesionales de la facultad y gente de Abuelas- le hiciera llegar el material recolectado sobre su familia. "Me enteré de cosas que tal vez estaban disponibles para averiguarlas. pero yo no podía formular las preguntas -cuenta la chica-. Ahora me reconozco en mi mamá de otra manera, sé que cada vez que cobraba su sueldo salía con sus dos amigas más cercanas a la peatonal de San Martín y por un día se sentían ricas, se compraban ropa, las tres la misma, iban a tomar algo". La devolución que hizo

Lorena fue tan conmovedora -cuentan en la pequeña oficina del cuarto piso de la sede de Sociales de Marcelo T. De Alvear- que no dudaron en convocarla para que ella misma se ocupara de llamar a esas familias que se va a entrevistar. "Cuando alguno tiene dudas sobre el trabajo les cuento mi historia", dice Lorena, consciente de su rol. Las entrevistas son abiertas, aunque se organizaron en torno a esas preguntas que formulan los hijos e hijas de padres desaparecidos y son tan amplias como los gustos en la comida, la música que escuchaban, los colegios a los que asistieron, el humor con que se despertaban por las mañanas, las vocaciones que en muchos casos apenas se insinuaron, y la lista sigue. "Los detalles que aparecen pueden ser insignificantes pero todo tiene valor, ahora nos enteramos por ejemplo que alguien sólo comía mayonesa de una determinada marca", agrega Josefina Casado, tía de un niño desaparecido e integrante del equipo coordinador en representación de Abuelas.

"Lo que estamos haciendo es dejar otra puerta abierta. Se puede elegir atravesarla o no, pero es una decisión que se puede tomar en soledad, frente al material, sin temor a generar angustia en el otro o a sentirse invadido". Se trata, en definitiva, de dejar el rompecabezas armado para que cuando llegue la pieza que falta encuentre su lugar en la historia. Hasta ahora se ha podido completar la historia de 25 familias -muchas más están en proceso-, aunque sólo uno de esos archivos está ordenado. La idea es digitalizar todo el material, incluyendo el registro de voces, fotografías de las personas y de los lugares mencionados más importantes -casas familiares, plazas, clubes, colegios, por ejemplo- y textos escritos. Los insumos que requiere este archivo son proporcionados por Abuelas; el equipo coordinador y los casi cuarenta entrevistadores -en su gran mayoría mujeres-, trabajan ad honorem. Pero conocen el valor de lo que están haciendo, para eso sirvió la devolución de Lorena. Claudia Victoria Pobrete, quien recuperó su identidad el año pasado, recibió el material sin procesar, una pila de cassettes que pidió su tío para ella. En menos de cuarenta y ocho horas Claudia los había escuchado todos. Y todavía quiere saber más.